



Día de Hispanoamérica

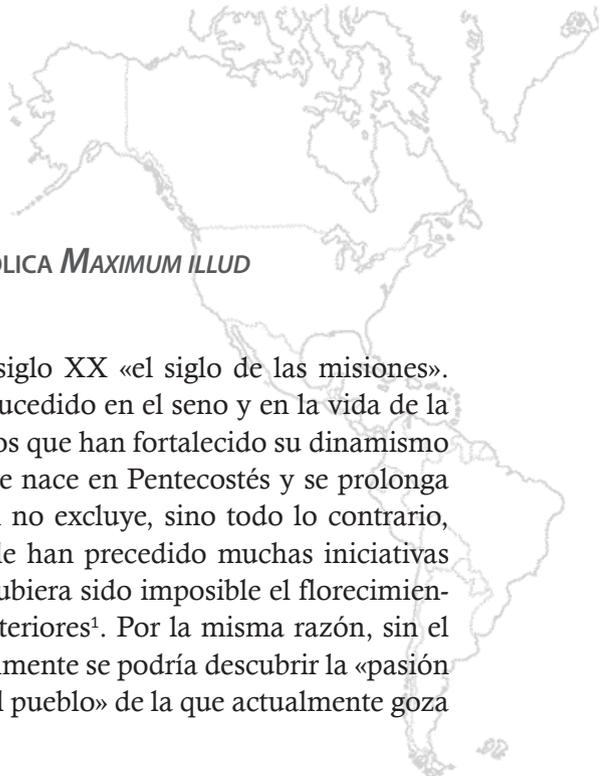
Comprometidos con la vida de los pueblos

Carta apostólica *Maximum illud*

3 marzo 2019 | Día de Hispanoamérica

COMPROMETIDOS
con la vida de los pueblos





CARTA APOSTÓLICA *MAXIMUM ILLUD*

Con razón se ha llamado al siglo XX «el siglo de las misiones». Durante estos cien años han sucedido en el seno y en la vida de la Iglesia grandes acontecimientos que han fortalecido su dinamismo y compromiso misioneros, que nace en Pentecostés y se prolonga en el tiempo. Esta afirmación no excluye, sino todo lo contrario, el hecho de que al siglo XX le han precedido muchas iniciativas misioneras sin las cuales no hubiera sido imposible el florecimiento de la misión en épocas posteriores¹. Por la misma razón, sin el dinamismo del siglo XX difícilmente se podría descubrir la «pasión por la misión y la pasión por el pueblo» de la que actualmente goza la Iglesia católica.

En el origen de «este siglo de las misiones» se sitúa el documento misionero pontificio *Maximum illud* (30.XI.1919). Su lectura y comprensión es un necesario punto de referencia para entender las circunstancias sociales y eclesiales que justificaron su publicación. Asimismo, su argumentación resulta clarividente para entender y comprender la mayoría de los documentos pontificios y misioneros publicados durante el siglo XX. Desgraciadamente, los acontecimientos de la actividad misionera no han facilitado el acercamiento a la carta apostólica *Maximum illud* de Benedicto XV, que bien puede considerarse «la gran desconocida», a pesar de ser uno de los documentos más citados en la bibliografía misionera. El papa Francisco, al proclamar el Mes Misionero Extraordinario para octubre

¹ «Nunca jamás la Iglesia, fiel al mandato divino, ha dejado de enviar a todas partes mensajeros de la doctrina revelada por Dios y dispensadores de la salvación eterna, alcanzada por Cristo para el género humano» (BENEDICTO XV, carta apostólica *Maximum illud* [MI], n. 2).

de 2019, con motivo del centenario de la citada carta apostólica de Benedicto XV, ha sido considerado como una ocasión providencial para hacer justicia a un texto misionero *fundante y profético*.

Téngase en cuenta que la celebración de este centenario no es una efeméride más en el calendario de la Iglesia. Es voluntad del papa Francisco que, con este motivo, todas las Iglesias, en todas las regiones de la tierra, han de situarse en un *estado permanente de misión*. Explícitas son las palabras del papa: «la celebración del Mes Misionero Extraordinario es una ocasión magnífica para despertar aún más la conciencia misionera de la misión *ad gentes* y de retomar con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida y de la pastoral. Es la gran ocasión para abrirnos, en cambio, a la gozosa novedad del Evangelio»².

1. Contexto histórico de la *Maximum illud*

La carta apostólica *Maximum illud* nace en unos momentos históricos poco propicios para fortalecer la responsabilidad misionera de la Iglesia, o tal vez sea precisamente esta situación la que justifica su publicación. Hacía poco tiempo que había concluido la primera guerra mundial, y en el seno de la Iglesia se percibía la pérdida del “fervor” misionero, como consecuencia, entre otras causas sociales, de los grandes fracasos de la primera y de la posterior segunda guerra mundial. No es exagerado afirmar que el origen de esta crisis postmoderna tiene lugar en Occidente. Sin embargo, Benedicto XV no oculta su satisfacción y regocijo al comprobar la expansión de misiones extranjeras y de algunos vicariatos apostólicos que no han cejado en la preparación de nuevos crecimientos para el reino de Dios (cf. MI, nn. 11, 23). Esta situación cultural y social de los

² FRANCISCO, convocatoria oficial del Mes Misionero Extraordinario (22.X.2017).

países occidentales, a pesar de los esfuerzos de la Iglesia, está influyendo de manera notable en la actividad misionera de la Iglesia. Difícilmente pueden anunciar el Evangelio quienes proceden de países donde la guerra es una lucha fratricida por el poder. Los países evangelizados tienen conciencia de ser colonias de Occidente y, por lo tanto, el colonialismo impera sobre cualquier otro objetivo evangélico, máxime si quienes anuncian la Buena Noticia proceden de estos países que se consideran propiedad de Occidente. Las demandas del progreso, de la industria y del desarrollo para buscar nuevas tierras donde vender sus productos y nuevos lugares donde abastecerse de materias primas provocan estas confrontaciones entre las naciones europeas; en estos motivos económicos está el origen de las confrontaciones bélicas que salpican a todas las colonias, sobre todo en África, donde están trabajando los misioneros europeos. En definitiva, y sin entrar en matices, los pueblos que hay que evangelizar son también víctima de las consecuencias de estas guerras mundiales. La carta apostólica fue publicada en una encrucijada histórica evangelizadora, como lo fue la época de Benedicto XV.

Por eso, Francisco insiste en la necesidad de *purificar el ejercicio de la actividad misionera* de cualquier adherencia distorsionadora de la actividad misionera, como sucedía con las adherencias colonizadoras de entonces, y con ella evita el peligro de conceptos nacionalista y etnocentrismos³. También ahora la misma pureza evangélica

³ MI pone un ejemplo donde se deja claro el peligro de estos nacionalismos: «Suponed, pues, que, en efecto, entren en la conducta del misionero elementos humanos, y que, en lugar de verse en él sólo al apóstol, se trasluzca también al agente de intereses patrios. Inmediatamente su trabajo se haría sospechoso a la gente, que fácilmente podría ser arrastrada al convencimiento de ser la religión cristiana propia de una determinada nación, y, por lo mismo, de que el abrazarla sería renuncia a sus derechos nacionales para someterse a tutelas extranjeras» (MI, n. 46).

puede ser distorsionada por otros intereses, sociales o partidistas, que empañan la dimensión universal y católica que está en la entraña de la misión.

2. Problema de la escasez de vocaciones nativas

Benedicto XV publica *Maximum illud* como documento pontificio profético y misionero, hasta el punto de ser considerado como el umbral del que ha venido en llamarse «siglo de las misiones». Esto no significa que el siglo XIX estuviera exento de esta responsabilidad misionera. Todo lo contrario, a lo largo de la centuria aparecieron numerosos documentos pontificios misioneros, entre los cuales conviene destacar: *Probe nostis* (Gregorio XVI, 1840), *Quanto confiamur* (Pío IX, 1863), *Sancta Dei Civitas* (León XIII, 1880) *Catholicae Ecclesiae* (León XIII, 1890). Estos documentos pontificios tenían un carácter más interno, con el fin de fortalecer la cooperación misionera de la Iglesia, esencialmente a través de las numerosas instituciones misioneras que el Espíritu Santo estaba suscitando en el resto del mundo, especialmente en África.

A estas circunstancias se sumaron algunas dificultades procedentes del interior de la Iglesia. La principal de todas, como sucede en la vida de la Iglesia, es la crisis vocacional misionera en los países de origen. Muchos misioneros que habían sido enviados por la Iglesia en Occidente son reclutados para integrar los ejércitos beligerantes. Las guerras mundiales provocaron una crisis de grandes resonancias en el proceso misionero: los ámbitos geográficos y culturales donde nacían y se formaban las vocaciones quedaron deshechos; los jóvenes eran llamados a filas; se agostaban las vocaciones; muchos misioneros fueron también llamados a filas. En definitiva, no había recursos ni económicos ni institucionales ni personales. La situación era bastante preocupante, incluso desde

otros puntos de vista como es el caso de los misioneros procedentes de los países perdedores, como son los misioneros procedentes de Alemania o eran considerados como primeros defensores de los intereses patrios, como dice el texto anteriormente citado.

A ello se añade un asunto importante que Benedicto XV hace ver en *Maximum illud* y que hasta la fecha había sido obviado en la actividad misionera de la Iglesia: la escasa o nula atención a las vocaciones nativas. En todo caso, a estas se les había asignado un carácter subsidiario, con la subsiguiente desafección hacia una formación doctrinal misionera y espiritual. «No puede dudarse, es verdad, que, en orden a salvar las almas, prevalecen los medios sobrenaturales de la virtud sobre los de la ciencia; pero también es cierto que quien no esté provisto de un buen caudal de doctrina se encontrará muchas veces deficiente para desempeñar con fruto su ministerio» (MI, n. 54).

3. Documento profético y audaz

Maximum illud abre las puertas a una reflexión sobre la misión *ad gentes* que al cabo de cien años de existencia resulta de suma actualidad, porque bien pudiera considerarse como la falsilla de la misionología que posteriormente tomará cuerpo en otros documentos pontificios del siglo XX, hasta el punto de poder afirmar que, en su conjunto, pone las bases para afirmar la «misión que renueva a la Iglesia», aunque no lo diga explícitamente. Basta una mirada a la actividad misionera de los años 60, con las correspondientes emancipaciones políticas de las antiguas colonias, para descubrir que la situación social actual de alguna manera es barruntada por Benedicto XV. La lectura de esta encíclica no ha de estar exenta de estas ramificaciones y consideraciones históricas.

Hay un hecho evidente que ratifica la resonancia de *Maximum illud* durante estos cien años de su existencia. Además de ser el documento misionero pontificio más citado durante estos cien años, siempre ha sido la ocasión que los sucesores en la cátedra de Pedro han aprovechado en determinadas efemérides para recordar o profundizar en su contenido. Es el caso de Pío XI, con *Rerum Ecclesiae* (28.II.1926), para concretar muchas de las indicaciones de Benedicto XV. Pío XII publica *Evangelii praecones* (2.VI.1951) con ocasión del 25.º aniversario de *Rerum Ecclesiae*. Invita a la acción de gracias por la labor evangelizadora de la Iglesia, pero una de sus grandes aportaciones es la apertura a la universalidad, esbozada por Benedicto XV y desarrollada con amplitud por Pío XII con la promoción al ministerio episcopal del clero nativo. A ellas se suman la conocida encíclica *Fidei donum* de Pío XII, y tal vez la más determinante, por sus referencias a *Maximum illud*, sea *Princeps pastorum*, de Juan XXIII (28.XI.1959) en el 40.º aniversario de *Maximum illud*. Si la lectura de estos documentos ayuda a entender el pensamiento de Benedicto XV, el texto de Juan XXIII es de obligado cumplimiento. Por eso Francisco, en una carta al cardenal Filoni, llega a afirmar que «Benedicto XV quiso dar un nuevo impulso al compromiso misionero de anunciar el Evangelio» (22.X.2017).

4. Universalidad de la actividad misionera de la Iglesia

Desde sus primeras palabras *Maximum illud* hace referencia al hecho de que anunciar el Evangelio no es solo proclamarlo para incrementar el número de los bautizados, sino como fruto de un encuentro con Cristo, desde la fe, más allá de las razas, de las cultu-

ras, de los pueblos⁴. Francisco valora *Maximum illud*, entre otras razones, porque muestra que la Iglesia es católica, misionera y, como tal, paradigma de toda obra de la Iglesia. Por eso la tarea misionera no es una tarea facultativa, sino imperativa y primordial.

En esta época evangelizadora de la Iglesia daba la impresión que el anuncio del Evangelio implicaba la revisión o suplantación de la misma cultura del pueblo. De ahí que la connotación de colonialismo no fuera solo de carácter político y social, sino también cultural, y perjudicaba, por tanto, notablemente a la evangelización. En este contexto y contra todo pronóstico MI hace una valoración muy positiva de lo que significa la inculturación de la fe, poniendo a la Iglesia en estado permanente de misión. El papa Benedicto XV asume el compromiso de firmar un primer documento pontificio misionero donde la misión es presentada desde la universalidad y la catolicidad. Podemos decir que, por primera vez, la misión pasa a formar parte del centro de las preocupaciones de la Iglesia, fijando su atención en la necesidad de cuidar a las Iglesias nacientes (cf. MI, nn. 30-31).

Por eso uno de los principales desafíos a los que debe responder Benedicto XV es superar la tentación de las adherencias colonizadoras fundamentales en conceptos nacionalistas y de etnocentrismo que afectaban directamente no solo a los países, sino también a algunas instituciones misioneras persuadidas de que la Santa Sede les había entregado un territorio de misión como propio⁵. Ha-

⁴ Benedicto XV se lamenta de que haya «misioneros tan olvidados de la dignidad de su ministerio que, con el ideal y el corazón puestos más en patrias terrenas que en la celestial, dirgiesen sus esfuerzos con preferencia a la dilatación y exaltación de su patria» (MI, n. 44).

⁵ También MI advierte del daño que pueden hacer a la evangelización cerrar las fronteras a otras realidades culturales o sociales: «¡Y cuán severo habría de pasar sobre él el juicio divino, sobre todo si, como recordamos haber sucedido no pocas

bía llegado el momento de dejar las circunscripciones eclesiales. Benedicto XV aborda inicialmente el problema de la devolución a la Iglesia local de aquellos territorios que previamente han sido entregados a una institución misionera. En estas situaciones, aparecen otros problemas no menores, como es el derecho de comisión o de entrega de territorios a congregaciones religiosas. Cada institución misionera, a quien la Congregación para la Evangelización de los Pueblos había encomendado un territorio de misión, hacía que cada uno buscara y atendiera esta circunscripción, y buscara vocaciones o medios para sus propias misiones.

5. La misión *ad gentes*, origen de las Iglesias locales

Esta separación no es simplemente teórica o estratégica, sino fundamental para promover la misión *ad gentes* en las Iglesias locales. Fue un paso adelante y fundamental de cara a la constitución de las Iglesias locales, dando origen al cambio misionero en la vida de la Iglesia del siglo XX. Las misiones, a partir de Benedicto XV, *han pasado a ser Iglesias locales*. Entre otras cosas, esto implica el análisis que la carta apostólica hace de la situación de los obispos en estas Iglesias locales, hasta ahora de origen occidental, en su mayoría. «Cada uno [de los obispos] debe ser el alma, como se dice, de su respectiva misión. Por lo cual, edifiquen a los sacerdotes y además colaboradores de su ministerio con palabras, obras y consejos, e infúndanles ríos y alientos para tender siempre a lo mejor. Una de las grandes aportaciones del documento y el mejor indicador de que el Evangelio ha sido anunciado, se convierte en el fundamento

veces, teniendo él tan solo unos pocos cristianos, y estos esparcidos entre muchedumbres de paganos, y no bastándole sus propios colaboradores para instruir a todos, se negara, no digo a pedir, pero ni aun a admitir para la conversión de aquellos gentiles la ayuda de otros misioneros!» (MI, n. 25).

de la constitución de la Iglesia local, presidida por un obispo nativo y clero nativo, con la necesidad de ir creando puntos de “ignición” donde nacen las comunidades con colaboradores bien formados» (cf. MI, nn. 22, 33).

Benedicto XV les encomienda que se preocupen del clero nativo, porque son los que van a conectar mejor con la gente, y ellos son el fruto de unas comunidades adultas y maduras. Más aún, en caso de conflictos bélicos no van a ser expulsados, como está sucediendo en las primeras décadas del siglo XX. Gracias a estas nuevas y acertadas directrices dirigidas a los vicarios apostólicos y a los obispos de los lugares, se inicia un largo y laborioso proceso de creación de Iglesias (*plantatio Ecclesiae*). Estas recomendaciones no tardaron en dar su fruto. Pocos años después se iniciará la ordenación de obispos nativos.

6. Vocaciones nativas

Suscita la necesidad de promover las vocaciones nativas. El documento pontificio advierte que los mejores evangelizadores son los propios conocedores de la cultura y del pueblo donde va a ser anunciado el Evangelio. Pero no por pura estrategia de eficacia, sino porque a nadie se le ha de privado del don de la vocación misionera. La realidad se impone, pero ha de vencer las naturales dificultades que plantean, desde el ámbito estrictamente colonial, aquellos misioneros extranjeros que se resisten a adaptarse a las circunstancias. No hablan la lengua de los nativos, lo hacen por intermediarios. Eran vistos como vinculados a los poderes coloniales europeos, incluso el mismo clero nativo era considerado, de hecho, como auxiliares. Parecían extranjeros en su propia tierra, con el peligro inmediato de ir generando grupos aislados independientes.

Aunque nunca dejaron de estar presentes en la evangelización, la carta apostólica hace una apuesta decidida y sorpresiva por la vocación misionera femenina, no solo para poner en manos de la mujer aquellas tareas sociales más cercanas a ella, sino simplemente como enviadas por la Iglesia. Así, nacen en este tiempo muchas instituciones misioneras femeninas (cf. MI, n. 76).

7. Teología de la misión

La carta apostólica apunta unas orientaciones que más tarde serán desarrolladas por otros documentos pontificios y por la misma Teología de la misión. Entre las razones para abordar el estudio de la Teología de la misión está la necesaria preparación y formación de los misioneros. Benedicto XV advierte que el envío de misioneros debe estar precedido de una preparación y formación que fundamente toda su labor misionera. Muchas de las defecciones de los que abandonan la tarea es la ausencia de esta formación que el Papa va señalando con precisión. Es verdad que la teología de la época no le daba a Benedicto XV margen para hablar todavía de una fundamentación misionológica orgánica y sistemática, pero la cuestión aparece en el fondo del documento porque en las Iglesia nacientes las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada son el mejor indicador de la madurez de estas comunidades cristianas⁶. Para ello promueve la colaboración entre las instituciones misioneras, más allá de los límites que se habían puesto ajustándose a los territorios asignados. La praxis de asignar territorios de misión a instituciones eclesiales había sido una respuesta adecuada a la evangelización,

⁶ «Conviene, pues, que los aspirantes al sacerdocio que se sientan con vocación misionera, mientras se forman para ser útiles en estas expediciones apostólicas, se hagan con todo el acopio de conocimientos sagrados y profanos que las distintas situaciones del misionero reclamen» (MI, n. 57).

pero esas instituciones tenían el riesgo de encerrarse en sí mismas sin admitir, más que como recursos subsidiarios, la cooperación de otras instituciones misioneras. MI supera estas limitaciones y abre horizontes para la cooperación entre estas instituciones.

8. Actualidad de *Maximum illud*

a) *Vitalidad de la misión*

Tanto entonces como ahora la misión *ad gentes* está necesitada de una purificación, superando separaciones y contraposiciones entre la *ad gentes* y la pastoral ordinaria. Es especialmente interesante recuperar el contenido de *Evangelii gaudium* n. 15, porque ayuda a «superar las separaciones y contraposiciones entre pastoral ordinaria y misión». ¿Cómo afrontar ese problema hoy desde las nuevas circunstancias? Apunta una respuesta: hay también que superar el desajuste entre los desafíos de la evangelización en contextos de antigua cristiandad, donde domina hoy la secularización y la misión *ad gentes*. Es interesante descubrir que esta peculiaridad está presente tanto en los países de vieja cristiandad como en las Iglesias que han surgido en los países de misión *ad gentes*, y dentro de sus diferencias el *primer anuncio* es central en los dos ámbitos. Es decir, la dimensión espiritual, tal como decía Benedicto XV en *Maximum illud*: si no se arranca de aquí, de la pureza evangélica y de la pasión por evangelizar, no es posible la evangelización.

b) *Cooperación multidireccional*

La cooperación misionera hasta ese momento tenía una connotación unidireccional. Desde fuera llegaba el Evangelio, desde lejos recibían las ayudas. Así estas Iglesias locales tenían la percepción de ser receptoras. En todo caso, y en algunas circunstancias, cuan-

do alguno de sus miembros era enviado a otras Iglesias locales lo hacía y era recibido como auxiliar de los misioneros tenía el encargo de servir en aquella parcela de la Iglesia. Podemos decir que, por primera vez, la misión pasa a formar parte del centro de las preocupaciones de la Iglesia. Desgraciadamente, a pesar de este documento, todavía durante mucho tiempo se va a percibir la misión o las misiones como algo añadido y secundario. Benedicto XV insiste en una de las dimensiones más urgentes como es el fomento de las vocaciones nativas. El nacimiento y acompañamiento de estas vocaciones son el mejor de los signos del crecimiento de una comunidad cristiana. En efecto, allí donde el clero indígena es suficiente y se halla tan bien formado que no desmerece en nada de su vocación puede decirse que la obra del misionero está felizmente acabada y la Iglesia perfectamente establecida (MI, n. 36, cf. nn. 39, 89).

c) *La universalidad*

La *Maximum illud*, sorprendentemente, tiene una fuerte connotación de catolicidad o de universalidad. Su lectura, hoy, desvela que la expresión frecuentemente usada por Francisco bien podría haber sido parafraseada por Benedicto XV. Cuando escuchamos la expresión «discípulos misioneros» no es otra cosa que, en el lenguaje de Francisco, afirmar «pasión por Jesús» (discípulo) y «pasión por el pueblo» (misionero). Se comprende la actualidad de la *Maximum illud* al releer afirmaciones como estas: «Ahora bien: si cada uno cumpliera con su obligación como es debido; lejos de la patria los misioneros y en ella los demás fieles cristianos, abrigamos la confianza de que presto tornarían las misiones a reverdecer llenas de vida, respuestas ya de las profundas y peligrosas heridas que les ha ocasionado la guerra» (MI, n. 109).

d) Maximum illud y las Obras Misionales Pontificias

Con ocasión del centenario de la *Maximum illud* es oportuno replantear, promover y revalorizar el sentido que en la actualidad tiene las OMP. Entonces, la Sede Apostólica, a través de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, asume la responsabilidad que le toca. Es uno de los momentos en los que se ve la importancia del primado; por encima de los particularismos de congregaciones, naciones, ideología, política, economía: ¿qué institución eclesial debería asumir la responsabilidad de la evangelización?. Roma se implica de manera decidida en su servicio de comunión y de catolicidad, mostrando una mirada global, de universalidad. Es entonces cuando las distintas obras de apoyo misionero que habían surgido –la mayoría en Francia– pasan a Roma, mostrando de manera más explícita la catolicidad. Es decir, el centro del aliento misionero ya no se encuentra en Lyon o en París, sino en Roma. La preocupación misionera pasa no solo a Roma, sino al centro mismo de las preocupaciones de la Iglesia. Este hecho no significa que la actividad misionera tenga un estricto dinamismo misionero, sino que desde las Secretarías Generales de las OMP hacen posible la responsabilidad misionera de las comunidades cristianas diseminadas en las Iglesias locales y animadas por el Pueblo de Dios. Esta es la razón por la que la Iglesia local, en *Maximum illud*, tiene también su centralidad.

JOSÉ MARÍA CALDERÓN CASTRO

*Director del Secretariado de la
Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias*

Madrid, 21 de enero de 2019

